

NMK

Ce Santiago

Mester de batería

La tríada en el texto



H&O

Primera edición: octubre de 2023

© Del texto: Ce Santiago, 2023

© De esta edición:

H&O Editores

www.hyo-editores.com

Imagen de la cubierta: Freepik

Diseño de la colección: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: Guillermo Pérez

Impresión: Arteos

ISBN: 978-84-127696-0-9

Depósito legal: B 17240-2023

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

*A Jesu. Amigo mío, en mi pecho hay un aula
en la que siempre es viernes por la tarde*

El batería con el que tocaste una vez hacía pedazos las baquetas, las aporreaba hasta que las virutas salían volando literalmente a su alrededor, dando golpes fortísimos contra los bordes, y tú solías imaginarte que al cabo de un rato acabaría tocando con unas ramitas finas y desaliñadas, no, con un par de palillos de dientes astillados, al final nada, tocaría golpeando con las manos, hasta que la piel y la carne se le desprendiesen de las manos, tocaría la batería solo con los huesos de los dedos, golpe tras golpe, sin parar, hasta que los huesos de la mano se le rompieran y se hicieran añicos y, a continuación, con los brazos, las piernas, finalmente con la cabeza, aporreando el cráneo contra la caja, y la música no se desvanecería hasta que su cráneo se convirtiese en esquirlas y polvo, o continuaría en el más allá.

TOR ULVEN, *Reemplazo*

Uso frases cortas. Y uso frases de longitud media. Y a veces, cuando estoy seguro de que el lector está descansado, lo atraigo con una frase de longitud considerable, una frase que arda de energía y se erija con todo el ímpetu de un *crescendo*, del redoble de batería, del estrépito del sonido de los platillos para decir: escucha esto, es importante.

GARY PROVOST

Ritmo en todo y en todos.

Hay ritmo en nuestros presentes, ritmo en nuestros espacios y en nuestros ambientes, hay ritmo en las mareas, los ríos y sus afluentes, en los solsticios, en los vientos y en las borrascas, hay ritmo en las miradas, los fracasos, los fervores y también en los rencores; hay ritmo en el vuelo de los mirlos, los carboneros y los cuervos, y lo hay en el deseo de los cuerpos; hay ritmo en nuestros anhelos y lo hay en nuestras narrativas, que el lenguaje conforma a su antojo y siempre a su imagen y semejanza; así pues, así está escrito, hay ritmo dentro y hay ritmo fuera: en la debacle, la caída, la pérdida, el duelo; hay ritmo en las tardanzas y hay ritmo en las esperas, hay ritmo en «el tiempo que nos

queda», me apunta el poeta, hay ritmo en el ser y hay ritmo en el estar, oídllo: tictac, tictac, tictac, ahí está, el implacable metrónomo de la existencia, que no deja de sonar, *allegro ma non troppo*, pues es así como, del brazo amigo de Kermode, acabamos por aceptar que en lo nuestro y en lo relativo a nosotros a todo tac sigue y seguirá siempre un tic para dar formar así al sortilegio, al ángelus íntimo de todo lo tangible, a la obra maestra, redonda, rotunda e insuperable de la literatura que somos que todo tictac es.

Nos llevamos las yemas de los dedos a la muñeca, al cuello. Ahí lo tenemos. Derecho izquierdo, derecho izquierdo, derecho izquierdo: los dedos índices contra el borde de la mesa, el volante, los muslos quizás. O al final del día, bolso y abrigo al suelo, tintineo de llaves arrojadas a la cómoda, vuelan los zapatos a un rincón y la palma de la mano a la frente: no aguanto este ritmo. Durante la cena, estamos nerviosos, acelerados, impacientes, sin saber bien qué nos sucede, y por libre elige cualquiera de nuestros pies una cadencia para acompasar esa inquietud

sin nombre ni objeto aparente. O de madrugada, el grifo de la cocina que hasta entonces no sabíamos que goteaba. En la cama, bocarriba y a oscuras, huérfanos del abrazo del sueño, que nunca llega en casa ajena, a la escucha de lo por venir, me sugiere Walser, con el oído secuestrado por ese reloj que, una y otra y otra vez, repite un instante que es siempre el mismo —tictac, tictac, tictac—, fundamento, matriz de la letanía, único versículo del dogma universal, tan tautológico como descarnado: en nuestro trayecto hacia el olvido y más tarde la nada, todo después acaba por ser antes y todo antes, después.

Pero no es de los modos de sublimar hasta apaciguar esto de lo que quiero hablar. Al contrario. Lo que pretendo es invocarlo, celebrarlo.

Pero vayamos a otro lugar. A otro espacio. A otro tiempo a ocupar.

Si ser suena a tic y estar a tac, propongamos, si en todo y en todos hay ritmo y hay repetición, eterno retorno, según gustos, repetición y cadencia tan recurrente como insustituible

sobre la que «se desliza lo nuestro», me susurra Bloch, ¿no es mientras, no es en medio, no es en el intervalo —tic(*¡aquí!*)tac—, no es en pleno *compás de espera* donde se extiende, se abre el abismo, el cosmos, la expectación, un espacio crucial, paradójico *à la* Zenón, un espacio y un tiempo en el que, he ahí lo milagroso, caben múltiples improvisaciones y variaciones?, ¿no es ahí donde aparecen, donde se dan las ocasiones de hacer (llamémoslo a placer) redobles existenciales sobre la estructura de nuestras expectativas y nuestras experiencias?, ¿redobles que resuenen mientras con una puntera titubeante tanteamos para progresar lenta pero irreversiblemente por la interminable cuerda floja de nuestra cotidianidad (un redoble del «tambor de las horas», me apunta un tal Kästner, al que apenas conozco) para encontrar, o intentarlo al menos, entre cada tic y cada tac, otra *forma* desde y con la cual crear, crear y *re*-crear, y, claro está, también arriesgar, o coquear quizás con un mal paso (pues, como la nota mala de Miles Davis, hacen falta dos), siempre entre cada tic y cada tac, e incluso

—por qué no, si así somos, a qué negarlo—, darlo?

Con o sin red, la vida va de eso. Pese a todo, la vida es eso.

Eso que me ha dicho Mori que le dijo Aira que le dijo Roussel: «La necesidad de ocupar el tiempo».

*

Somos (en) el nudo, entonces. Siempre llegaremos tarde a la introducción y nunca presenciaremos el desenlace. Es cosa sabida, manida, cuento viejo.

Aunque, como en todos los cuentos, cabe una variación, una nueva versión. En el seno de ese nudo, sostengo, se da una materialización a mis ojos perfecta de esa ocupación, una materialización que es a la vez una integración, una aleación de tres elementos —llamémoslos así, como los llamaron los griegos— fundacionales, irrenunciables, que componen una tríada-unidad —ritmo, cuerpo e instrumento— a través de la cual nuestro estar en el mundo se

entrega a un movimiento, una danza atávica cuyo origen y causa, aunque se pierdan bajo el lecho de las Marianas de la autoconciencia, no hemos olvidado todavía.

Y justo ahí, un buen día, delante de repente de la encarnación de los espacios y los ritmos infinitos que ese t(i)empo gordiano a veces descuida, algunos nos vemos sentados y probamos, en pos de *algo*. De ocuparlos. No ya con más ritmo, como la vida ocupa la vida con más vida. Sería demasiado. Y demasiado pronto. Algo inconsciente. Algo con apariencia de redoble. Por qué no. Si parece fácil. O fácil lo imaginamos. Uno arriesgado, imprudente. Por qué no. Uno *in extremis* incluso. Unos golpes —así los llamaremos por ahora, o, mejor dicho, así los llamaremos únicamente en este caso— que creemos que flirtearán con lo inestable. Unos pasos hacia el borde para situarnos, sin saberlo, un instante al filo, un brevísimo ahí vacilante, y de repente nuestros talones dudan ante el vacío y nuestros brazos se agitan como malas imitaciones de las alas que nunca tendremos. Se nos acelera el pulso. Nos tiemblan las

rodillas. Ha estado cerca. Ay, la juventud. Ay, la audacia. Pocas ocasiones se nos brindan de cobrar conciencia del escaso control que tenemos sobre el movimiento de nuestro cuerpo en el estar como sentados ante el altar del ritmo.

Así descubrimos que no son meros golpes, como no son meros golpes el tictac.* Y, al igual que en la página en blanco, hay más, muchísimo más, empezamos a entender. Pero solo algunos, los pese a todo seducidos, los pese a todo enamorados, nos vemos llamados a probar de nuevo, aunque temerosos ahora, inseguros al principio como todo principio exige cuando se atiende; incrédulos, boquiabierta la mente frente a las posibilidades de unas posibilidades nunca vistas, nunca oídas —aunque por el momento remotas—, y ante lo palpable de estas, la veracidad de la respuesta lisa y tajante al tacto como la de las manos añoradas,

* «¿Cómo sabemos que el follar existe propiamente como relación? Solo hay objetos cuyos movimientos parecen estar coordinados.» El devaneo es de Žižek, que hace un uso parodiado de Hume para ridiculizar la crítica superficial al supuesto pansexualismo del psicoanálisis; a mí me sirve como ejemplo de lo que querría mostrar. Así pues, no, no son meros golpes.

lo he visto centenares de veces en los (ni siquiera) novicios: dos, tres movimientos indecisos a lo sumo, con una sola baqueta mal sujeta por lo general, sin mimo, sin amor, como si fuese un simple palo, como unos niños cogerían unos lápices años antes del primer día de clase de caligrafía, como el niño que era yo entonces: cajas de zapatos vacías, del revés encima de la cama deshecha, de tamaños variados, claro, las tapas aparte para imitar dudosamente sonidos diferentes, un par de palillos del chino y esa osadía que el cuerpo propio posibilita y propulsa, y el desconocimiento consiente (aunque en aquellos años me sobraba desconocimiento y osadía y me faltaba observancia del cuerpo), y el objeto de deseo tan solo imaginado, igual que cuando malbesamos la almohada bajo la complicidad libidinosa de las sábanas: una batería de verdad, sí, una batería de verdad, como la de Stewart Copeland, como la de Keith Moon, como la de Nick Mason, como la de Chad Smith, como la de Taylor Hawkins, porque de esto y no de otra cosa es de lo que quiero hablar, escribir y delirar (usemos las

palabras a conveniencia de una vez por todas, que ya significarán ellas lo que les venga en gana, qué es la escritura sino eso mismo), de ese fenómeno improbable que hizo y todavía hace posible la transustanciación del ritmo en un vínculo inconsútil entre instrumento y carne, del tótem de una tribu aparte, a su modo hiperbórea por enteramente *física*, porque (he aquí la afirmación terminante e inamovible del enamorado y, por tanto, como todo lo que el amor nutre, tan real como irracional, tan verdadera como indemostrable, de manera que no me exijáis ninguna prueba, mejor leed cuanto sigue no como un ensayo sino como una declaración de amor, como un mester de batería), si «todo lo musical pertenece a la reminiscencia», sentencia Cioran, la percusión en general, sí, pero la batería en particular es aún anterior en su impulso creador, es la roca viva sobre la que todo lo musical reposa, brota donde la música tiene sus raíces, pues las suyas son más antiguas y profundas, porque la música es creación, una elevadísima, sí, con la llave maestra, el acceso directo a la emoción y al sentimiento,

pero el ritmo es consustancial, inseparable de la naturaleza misma, casi un primer motor, y la batería es semilla y a la vez materialización última del ritmo, la mónada mundana del ritmo que hay en todo y en todos; y es, además, el altar de todo lo que, como el dios de Zaratus-tra, quiere bailar: con el cuerpo acorazado de libertad y autoafirmación, pues de ritmo solo carece lo muerto, y muerto está todo lo que no baila ni por fuera ni por dentro; la percusión en general, sí, pero la batería en particular es ritmo hecho carne y carne hecha ritmo, es prolongación corporal en forma de energía sónica liberada y desencadenada, condensada y destilada hasta una pureza envidiada por inigualable; es el asiento ineludible e insustituible sobre el que muy a su pesar descansan las posaderas satisfechas del *cogito* melódico moderno frente a la estufa voraz de su ego soberbio y complaciente, por más que ese *cogito*, con sus manitas tersas y limpias de cicatrices, se empeñe en soñar hasta inventar un paraíso intelectual hecho tan solo de escalas, acordes, punteos y demás polifonías de cuya puerta cuelga un cartel en

papel pautado que dice: «No se admiten baterías».

*

Tic-tac, tu-tu-pa, tic-tac, tu-tu-pa...

Se impone un ejemplo más descriptivo, más visual.

En la pantalla aparece un microondas abierto. Un trapo a cuadros blancos y rojos. Esos que solo podrían estar en una cocina. Unas botellas de cristal vacías. Una licuadora. Al poco, un hombre en camiseta negra con las mangas cortadas al estilo de las de baloncesto, de andar por casa, aparece por la izquierda del encuadre, de perfil, aunque no le vemos el rostro. Introduce de mala manera una fiambarrera en el microondas. Mientras habla por teléfono, cierra el microondas para poner la fiambarrera a calentar. De la conversación deducimos («nos vemos luego, como en dos meses») que acaba de iniciarse el funesto periodo de confinamiento. La fiambarrera gira dentro del microondas. Con el zumbido de fondo, el hombre va a sentarse a